

## UNA HISTORIA DE AUSTERIDAD

★ El crimen había sido repugnante, y toda la opinión pública se sintió soliviantada, no sólo por la edad del protagonista (triste ejemplo de cómo la Sociedad había descuidado sus deberes, al no condenarlo a trabajo forzado y aislamiento celular cuando —según se supo después— a los 7 años había roto un farol jugando en la calle) sino también por los valores immanentes que su acción había ultrajado.

Páginas enteras de la prensa fueron dedicadas con discreción a relatar el asunto, y en su honor debe decirse que revelaron hábilmente que procedía de una pareja de concubinos (el padre, a la vez, había sido bigamo en Bahía Blanca, donde su primera mujer cantaba en un cabaret del puerto) que la madre ejercía un triste comercio en cumplimiento de una tradición familiar y que, en 1917, un tío carnal había sido detenido en Sarandí Grande por ebriedad, exhibicionismo y sufragismo electoral; otros detalles —presunta amistad equívoca del denunciante con un barrendero jubilado de filiación socialista, vicios secretos de su hermana menor, predilección del individuo por seguir la carrera de edil— fueron aludidos, con elogiable ética periodística, en forma lateral, ya que no había pruebas de ninguna especie al respecto.

La Policía, a la que después se sumaron el Ejército y —una vez que los protagonistas de un naufragio que estaba transcurriendo desde hacía 72 horas en las restingas de la playa Ramírez perecieron de inanición, ahorrimiento o simplemente ahogados— los helicópteros de la Marina y la Fuerza Aérea, organizó exitosamente el acorralamiento. Era ridículo suponer que el vil sujeto hubiera escapado al exterior; todas las fronteras estaban celosamente vigiladas (en patriótico gesto, empresas industriales de la zona suspendieron temporarily el pago clandestino de braceros brasileños) y, al haberse establecido cordones de tropas, nadie podía pasar sin conocimiento de las autoridades militares encargadas de la recuperación del contrabando. (Un pasenquin de izquierda, hacia largo tiempo desmascarado —luego de publicar declaraciones del presidente Eisenhower sobre aumento de comercio con el Kremlin— como miembro de la conspiración internacional anarco-comunista-trotsko-quinici-barbudé-antifondomonetarista, arriesgó la hipótesis de que el criminal hubiera salido disfrazado de cebolla, Chevrolet 1959 con chapa diplomática, máquina de calcular eléctrica, novillito precoz o cualquier artículo de 3ª y 4ª categoría; fue reducido a silencio con dos editoriales, una audición de la Cadena ANDEBU y el rumor sobre un posible manifiesto del Ateneo).

El país entero dejó por una semana de pensar egoísta y egotísticamente en sus problemas indi-

viduales originados por el materialismo de la suba de precios, la devaluación del peso, y las medidas de pronta seguridad, para mantenerse absorto ante el emocionante proceso de la cacería, donde estaban en juego cosas que atañían directamente al espíritu de la nacionalidad. Por encima de discrepancias circunstanciales, los partidos políticos se unieron en la condenación del prófugo, y un ministro, en representación del Poder Ejecutivo, habló por radio y televisión, fundamentando jurídicamente el derecho de la Sociedad a defenderse. Casi de inmediato, se formó una Comisión Nacional Pro Defensa de la Sociedad, que incluía una Sub Comisión de Damas y Comités Delegados Departamentales. Paralelamente, la Asociación Protectora de Semovientes "San Judas Iscariote" comenzó una colecta callejera con el lema "Si los niños son irrecuperables, dé para los pobres animalitos" y la Liga de Beneficencia organizó un desfile de modelos de primanera, mientras el Partido Comunista recogía firmas para repudiar la actitud policial y reclamar el ingreso de China Popular en las Naciones Unidas.

Al cabo, el sordido individuo fue atrapado; con un ingenioso disfraz de infante-juvenil (pese a tener ya 15 años) había estado concurrendo durante toda la semana al Liceo y a un local de fútbol, refugiándose para dormir en funciones de teatros circulares. Maniatado de acuerdo a su peligrosidad fue conducido al Juzgado entre seis soldados armados a guerra, al mismo tiempo que en las aceras la ciudadanía gritaba su repudio y cerca de cien taximetristas hacían sonar las bocinas de sus vehículos. Con increíble cinismo —y mientras un cronista policial tomaba sus medidas frenológicas para el artículo de la tarde— confesó todo ante el Juez (aunque no pudo firmar la confesión, debido a una molesta afección a la vista que le había inflamado ambas órbitas y hecho perder tres dientes) y añadió: "Sí, ya sabía que el pan no se toca, pero mamá siempre salía de noche y nunca me enseñó que los de la clase media tenemos que comer sólo una vez por día". Una ola de justifico furor colectivo recorrió a la nación, cuando se supo además que la media flauta hurtada pertenecía a un progresista cabañero del Norte, muy conocido por sus experimentos técnicos de cruzamiento de razas para obtener mejores y más rendidores peones y para que el ganado vacuno consumiera menos alimento (o al revés, no me acuerdo bien). Manifestaciones cívicas recorrieron las calles gritando: "¡La pena máxima para el miserable! ¡Que le apliquen la pena máxima!"

Y con vista fiscal favorable el Juez dictó la sentencia, condenando al delincuente a [a pena de vida.